



<p>SE PUBLICA UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO. UN REAL al recibir el número.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CANTILAN, BANCIA, ORENSE, PI Y MARGALL, FIGUERAS, SORÉS, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARIFF, GALA, CORDOVA, SANCHEZ RUBIO, FRIWEDA, ALTADILLA, ZAPATA, TRERERRA, ESTEBANEZ, SOLER, MERCADO, LOZANO, SANTRE, AYER, VALDES, FLORES, LAFUENTE, MINOGET, SIERRA, COLL, JIMENO, ALMIRALL, RUBAT, LOSTAT, CLAVE, RUIZA, GARRIGON, ETC.</p> <p>DIRECTOR, Enrique Rodríguez Solís.</p>	<p>EDITORES I. CASTRO Y COMPANIA.</p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p>
AÑO II.	MADRID 16 DE FEBRERO DE 1972.	NÚM. 6.º

SUMARIO.

TEXTO.—La Revolución, por Francisco Rebollo y Perras.—La Inquisición de España, por P. Pinedo y Vega.—España y Cuba, por Francisco Flores y García.—Fenómenos naturales, por Manuel Romay.—El Carnaval, por el Abate.—Monsieur Littré en la Academia, por A. Vinardell Boig.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Francía firmando el tratado de paz.—Un bodegón en Madrid.—Indios mejicanos.

LA REVOLUCION.

I.

¿Qué quiere el Sr. Sagasta? ¿A dónde va? ¿Qué principios u aspiraciones representa? ¿Qué periodo de transición al menos, ó de tregua justificada en la necesaria vida de los partidos políticos militantes, estamos atravesando en estos momentos, para que, y con asombro, vergüenza é indignación de los hombres honrados de todos esos partidos, nos encontremos en un tan desastroso paréntesis de las públicas libertades? ¿Qué pasa? ¿Qué va á suceder? ¿Qué pavorosos augurios nos amenazan?

Seguramente que, á no hallarnos parapetados en la

fuerza soberana de la conciencia, que es á la vez la esencia vivificadora de la justicia, y como tal, por lo tanto, la única, la verdadera, la efícaçísima garantía para conseguir en todas ocasiones la tranquilidad que no le es dado alcanzar á los espíritus meticulosamente pueriles, creéramos, al contemplar este general desasosiego, que una nueva irrupción de bárbaros se encontraba á las puertas del Capitolio, ó que la fatídica trompeta del Angel de que nos habla el Apocalipsis, llamaba á juicio arrebatadamente á todas las generaciones. ¡Tal es el espanto que se ha' apoderado de los ánimos desde que la pandilla inalficible de los más inalficibles todavía, ha dado un salto al poder por medio de un hábil escamoteo! Afortunadamente no hay razon para ninguno de los mencionados temores. Es la revolucion, y simplemente la revolucion, de cuyas áuras salúferas estamos percibiendo ya el benéfico y regenerador influjo, la que se cierné sobre nuestras cabezas.

Es inevitable, pueblo español; es imprescindible: tan absoluta como la esencia en las cosas tiene de absoluta su necesidad. Nada de declamaciones que parezcan estar inspiradas en la ardiente fogosidad de las excitadas pasiones políticas. Tú mismo juzgarás con severo é imparcial criterio.

Dos clases hay de revoluciones: la pacífica y ordenada, que no es otra cosa, en su más auténtica y genuina representación, que el estado permanente de progresiva

movilidad en el espíritu humano, y en la cual estamos á todas horas independientemente de nuestra voluntad, y la violenta y desordenada que fatal é imprescindible se impone siempre que la ruin envidia y todos los detestables sentimientos que surgen de tan funesta pasion vienen, como ahora, y como con harta desgracia han venido tantas veces en la historia, á justificar la necesidad de las sangrientas reparaciones en la vida del derecho, que sangrienta siente su perturbacion. ¿A cuál de estas dos revoluciones marchamos? Sencilla es por demás la contestacion, por muy doloroso que nos sea decirlo.

A nadie le es desconocido, ni aun á aquellos que poseen nociones más rudimentarias de derecho público, que los poderes como las sociedades, los individuos como las instituciones, necesitan originaria y privativamente para el nacimiento, desarrollo y conservacion de su existencia general jurídica, dos esenciales condiciones al menos, sin las cuales es inconcebible de todo punto la integridad permanente de su sér: 1.º Justos títulos de legitimidad en su origen. 2.º Racional satisfaccion de toda su condicionalidad. Faltando estos dos elementos, lo repetimos, es imposible su vida, es inconcebible; la revolucion se encarga de reparar las violaciones; la revolucion entonces es justa; la revolucion entonces es legítima; la revolucion entonces es necesaria. ¿Tienen justos títulos de legitimidad politica este gobierno? ¿Satisface racionalmente las imprescriptibles necesidades que está llamado á satisfacer? Estos son los puntos de que sucesivamente y en otros tantos artículos pretendemos hacer un severo y detenido exámen, como corresponde á los que sería y respetablemente, y sin miserables ruindades personales, se ocupan de las cosas públicas. Entre tanto nos limitamos á consignar por hoy lo que casi indicamos en el epígrafe de este artículo: La revolucion se justifica, la revolucion se acerca, la revolucion está encima. Que mediten, pues, los hombres ilustrados y sensatos de todas las opiniones políticas, y se convencerán, si ya no lo están, de la profunda verdad de nuestras afirmaciones; y con cuánto fundamento, á pesar de la terrorífica significacion que pretenden dar á esa palabra los mal llamados conservadores, decimos hoy: Solo la revolucion puede salvarnos.

FRANCISCO REDOLLO PARRAS.

(Se continuará.)

LA INQUISICION DE ESPAÑA.

(Continuación.)

La ceremonia duraba generalmente todo el día: comenzaba á la aurora y terminaba frecuentemente despues de la postura del sol. Principiaba con la celebracion de la misa, que se interrumpia para recibir el juramento del rey; por el sermon que los condenados escuchaban, con un cirio apogado en la mano, y por la lectura de las sentencias. Acabada la misa, el gran inquisidor, revestido de hábitos pontificales, daba la absolucion solemne á los culpables arrepentidos. El rey se retiraba en este momento, y los condenados al fuego

eran entregados al brazo secular y conducidos sobre asnos á trescientos pasos fuera de una de las puertas de la ciudad: allí se encendia una gran hoguera, erigiéndose tantos postes como condenados habian de morir carbonizados, á los que se les ataba con cadenas. Se estrangulaba al culpable antes de encender la hoguera cuando despues de la condenacion habia mostrado arrepentimiento; los otros eran quemados vivos.

El horrible poder de la Inquisicion tuvo su apogeo en los reinados de Carlos V y Felipe II. A partir de esta época la Inquisicion española reviste el carácter de institucion politica mucho más que religiosa, alejándose más y más de sus principios constitutivos. Esta es la razon por que debe ser cuidadosamente distinguida de la que habia establecido el papado y que funcionó en las demás naciones; así que mientras esta última perdonaba al culpable arrepentido, la española tenia por principio no admitir á la enmienda las personas que miraba como peligrosas, ora para el órden político, ora para el religioso, en particular las que denominaba maestros dogmatistas en herejía. Nos parece oportuno reproducir aquí, para establecer los hechos y para la satisfaccion de los lectores que tengan curiosidad de penetrar los arcanos de esta penalidad, el proceso verbal de un auto de fé que tuvo lugar en el reinado de Felipe II en Valladolid el día de la fiesta de la Trinidad, 21 de Mayo de 1559. Omitimos la parte que no hace relacion á nuestro objeto.

«Doña A... E..., condenada á penitencia (penitencia da), hija del marqués de A... y mujer de D. J... A..., fué declarada, en el pasado y en el presente, hereje con apostasia por haber abrazado la secta maldita y reprobada de Lutero; y por haber confesado plenamente y pedido misericordia fué perdonada. Condenada á perder todos sus bienes y derechos y á comparecer el día del acto de fé sobre el estrado patibulario, vestida de un hábito de penitente, con dos cruces de San Andrés y un cirio en la mano, debiendo conservar este aparato hasta el momento de volver á entrar en la prision del Santo Oficio. Que ella confiese y comulgue en las tres grandes fiestas del año y asista á la misa y al sermon con los otros.

»Doña M... de R..., religiosa, hija del marqués de P..., profesa en el monasterio de Santa Catalina de Sena, en Valladolid, fué declarada, en el pasado y en el presente, hereje luteriana con apostasia. Condenada á comparecer en el estrado del cadalso el día de la ceremonia con dos cruces de San Andrés, un cirio en la mano, y terminado el acto de fé, despojada de este vestido, será de nuevo encerrada en el convento, con la pérdida de su plaza en el coro y refectorio y sus derechos de eleccion y elegibilidad.

»C... del C..., residente en Zamora, fué declarado hereje luteriano apóstata, y por haber persistido en la confesion de su secta, como dogmatista y maestro en herejía, fué entregado al brazo secular, condenado á perder todo su haber, así como sus hijos y nietos en linea masculina, conservando los derechos de sucesion los de la linea femenina.

»El bachiller y licenciado H..., abogado y domiciliado en Toro, fué declarado hereje luteriano apóstata, falso

y fingido confesor y dogmatista, maestro en herejía. A causa de su obstinación, apareció en público con una mordaza en la boca y fué entregado al brazo secular. Este hombre defendió y tuvo por buena hasta la muerte la secta luteriana. Hacía veinte años que era hereje y pertenecía a la secta maldita de Lutero, y en cierta confesión que hizo declaró que en lo que toca al santo sacramento había creído siempre que el cuerpo verdadero de Jesucristo estaba presente, pero que á su parecer la Iglesia no tenía razón en rehusar á los que comulgan el vino consagrado del cáliz y que en esto la Iglesia estaba en el error. En cuanto al purgatorio y la remisión de los pecados no creía, opinando que el cielo le ganaban los que tenían confianza en Jesucristo, mientras que el infierno estaba destinado á los que no tenían esta confianza... Y él murió en esta creencia, se le quemó vivo y todos sus bienes fueron confiscados.

»L... de C..., mujer de este bachiller, declarada hereje luteriana, condenada á prisión perpétua, pérdida de bienes ella y sus hijos, etc.

»Cuando fué terminada la lectura de la sentencia se hizo comparecer á los penitentes admitidos á enmienda, y después de preguntados si su arrepentimiento era de corazón y contestado que sí, así como después de predicado el sermón, recitado y cantado el *Miserere mei* y entonado el himno *Veni creator*, se les admitió á reconciliación y asociados á la comunión de la Iglesia. Ellos fueron declarados indignos de vestir seda, llevar oro, perlas; inhábiles para toda profesión; prohibición de montar á caballo, usar armas, paño fino; obligación de confesar y comulgar en las tres grandes fiestas del año, de asistir los domingos y fiestas á la misa y sermón en la Iglesia que se les designaba, debiendo conformarse con la penitencia impuesta, bajo pena de ser tenidos por impenitentes y relapsos. Y hecho esto, se comenzó de nuevo á leer las sentencias.»

Omitimos continuar citando las sentencias por no hacer interminable esta descripción, bastándonos consignar «que los quemados vivos fueron catorce entre hombres y mujeres, bastantes en efígie y los huesos de doña L... de V..., y que la *regla que se siguió*, dice el extracto, *en el castigo, fué de no admitir á enmienda á los que eran maestros dogmatistas de esta secta maldita.*»

También debemos consignar, según el extracto, que «entre los que permanecieron en prisión y no fueron al acto de fe por el *más gran bien de la república y la cristiandad* y con objeto de *obtener noticias de alta importancia*, figuraba uno que, habiendo podido huir y ganado la frontera de Alemania, el rey Felipe II le hizo buscar á él y un monje de San Isidro de Sevilla, les detuvo y encerró en los calabozos de la Inquisición, habiendo costado los gastos de esta persecución *más de cuatro mil ducados.*»

La Inquisición, pues, preparó el triunfo de la monarquía absoluta. El código de esta institución sirvió grandemente los intereses políticos, así que fueron necesarias pocas leyes para concluir con el espíritu de independencia que sembraron los comuneros y con la diversidad de costumbres que habían creado los fueros, estableciendo por su eficacia la unidad política y la unidad religiosa: estos dos instrumentos de opresión, le código político y el código religioso, se prestaron mútu-

apoyo, paralizaron todo esfuerzo inteligente, habituaron á los españoles al sombrío mutismo y á la gran reserva que hoy forma el carácter de aquellos departamentos más castigados.

España, sin embargo, no cedió sin gran resistencia. Desde el principio del reinado de Carlos V, en 1518, las cortes de Aragón, de Castilla y Cataluña presentaron al rey el proyecto de una ordenanza destinada á arreglar la organización y el procedimiento del tribunal del Santo Oficio y á limitar su autoridad. Estas asambleas nacionales protestaban en favor de los antiguos privilegios de los comunes y querían que se derogase el derecho de uzgar la Inquisición ciertos crímenes, cuyo conocimiento se había arrogado, en desprecio de las leyes locales. Carlos V prestó oídos á estas representaciones, llegando á una transacción entre él y las Cortes que sometió al papa Leon X.

El poder de Roma, prevenido ya contra la independencia que afectaba el Santo Oficio de España, quiso aprovechar esta ocasión para refrenarle y someterle á las reglas generales comunes á las Inquisiciones de los demás países. El gran inquisidor era entonces Adriano Boyer, que debía sentarse poco después en la silla pontificia; antiguo preceptor de Carlos V, ejercía sobre su discípulo gran ascendiente, de manera que le costó poco trabajo desbaratar sus proyectos y obtener el envío á Roma de un embajador extraordinario encargado de solicitar del papa la revocación del breve en que ordenaba la reforma.

El triunfo de Carlos V sobre los comuneros dió también la victoria á la Inquisición, que no conoció freno ni obstáculo para exacerbar sus crueldades. Adriano, antes de dejar á España para tomar posesión del trono pontificio, extendió la jurisdicción del Santo Oficio á las Indias y todas las islas del Océano.

Al conde de Aranda, célebre ministro de Carlos III, el mismo que expulsó á los jesuitas, es á quien se debe el honor de haber inferido el primer golpe al poder de la Inquisición, restringiendo su jurisdicción al solo caso de herejía obstinada y de apostasía, prohibiendo la prisión preventiva sin pruebas fundadas.

El 4 de Diciembre de 1808 un decreto de Napoleón suprimió el Santo Oficio como atentatorio á la soberanía. Restablecido por Fernando VII, la Inquisición fué definitivamente abolida por las Cortes de 1820. Había sentenciado, durante un trascurso de poco más de tres siglos, 340.921 individuos, de los que habían sido quemados vivos un gran número y enviados á galeras ó muertos en los calabozos de la Inquisición el resto. A esta cifra no se une la multitud de seres á quienes después de sus rigores tuvo que declarar inocentes.

Creada con el fin de establecer la integridad del dogma, se puede afirmar que produjo mayores males á la religión que si se hubiera consentido el libre examen. No impidió la Reforma y preparó la viva reacción anticatólica que vió brillar el siglo XVIII.

No se ahoga el pensamiento en las llamas: quemar no es responder. *

P. PINEDO Y VEGA.

ESPAÑA Y CUBA.

A mi querido amigo el conocido escritor republicano
Antonio Luis Carrion.

I.

Hoy que se agita la tea
de la discordia fatal
porque á un grandioso ideal
llegar un pueblo desea,
á la region de la paz
se eleva mi inspiracion.
No me ciega la pasion,
ni el encono, ni la ira,
que solo vibra mi lira
á impulsos de la razon.

II.

Los que á un interés mezquino
el hombre sacrificais
y á vuestra ambicion sofiais
encadenar el destino;
los que atajais el camino
á la errante humanidad;
los que con negra maldad
manteneis la esclavitud,
no nos habéis de virtud,
de Dios, ni de caridad.

III.

En tanto que el siglo avanza
hacia la humana grandeza;
cuando á vislumbrar empieza
el hombre, dulce esperanza,
una rastrera venganza
mata sus aspiraciones,
y en apartadas regiones
se empapa en sangre la tierra,
y se sostiene una guerra
asombro de las naciones.

La noble nacion que un dia
dió la sangre de sus venas
por quebrantar las cadenas
de la odiosa tiranía,
¿no vió que esclavo gemia
en lejano continente
un pueblo grande y valiente?
¿No vió que aquel pueblo hermano
ante un moderno tirano
no humillaría su frente?

¿No vió Iberia una region
hermosa parte de España
gimiendo bajo la saña
de la raza de Borbon?
Si aquí la revolucion
tuvo al progreso en su abono,
¿por qué en cruel abandono
para aquellas pobres greyes
regian las mismas leyes
que simbolizó aquel trono?

¿No vió España la inquietud
surgir de opuestas orillas?
¿No advirtió que las Antillas
odiaban la esclavitud?
Si el pueblo en su plenitud
el mal aquí destruya,
¿por qué allí la tiranía
decinaba con terror?
¿No es el hombre de color
hijo de la patria mía?

IV.

La patria que esclavos quiere
es una patria tirana:
en esa idea inhumana
el despotismo se ingiere:
círculo estrecho de muerte
la idea de libertad
es la patria-potestad
que, origen de odios profundos,
tiende á separar los mundos
siendo una la humanidad.

— ¡Sabios é ilustres patricios
de la española nacion:
la idea de represion
abre oscuros precipicios.
Todos vuestros sacrificios
empeños vanos serán,
porque es insensato afan
dar á América el sosiego
si apagar queréis con fuego
la llama de aquel volcan!

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

FENÓMENOS NATURALES.

(Continuacion.)

IV.

El fenómeno acuoso de que nos vamos á ocupar en
primer término es el conocido con el nombre de mangas
marinas, que tanto terror inspiran en el intrépido ma-
rino, no obstante su serenidad de ánimo.

Momentos antes de aparecer las mangas marinas se
observa en la atmósfera una nube de color negruzco, y
las aguas se agitan en toda la extension que abraza la
nube. Despues de esta agitacion las olas se arremolin-
nan y se elevan hacia la nube en forma de cono, des-
cendiendo al mismo tiempo la nube bajo igual forma,
de tal manera, que no parece á primera vista sino que
esta se absorbe el mar: de consiguiente que las olas de
un lado y la nube por otro forman dos conos unidos
por su vértice, que giran con estrepitoso ruido, seme-
jante al producido por un carro cuando marcha por un
arrecife pedregoso.

La preocupacion vulgar, falso intérprete siempre de
los maravillosos espectáculos que nos ofrece la natura-
leza, ha deducido de este fenómeno, sin atenerse á más
explicacion que la del capricho antojadizo, que las nu-
bes toman el agua del mar y despues de llenas la arro-

jan sobre la tierra, como si las nubes fuesen pellejos y tuviesen voluntad propia para chupar cual los cuerpos organizados. Desecharemos esta superchería vulgar, pues ya sabemos, por lo que en otra ocasion hemos de-

mostrado, lo que son las nubes, cómo se forman y de qué modo se produce la lluvia, y terminaremos lo relativo á las mangas marinas añadiendo que dicho fenómeno, es debido á la electricidad que se escapa por en-



FRANCIA FIRMANDO EL TRATADO DE PAZ.

tre las aguas, la cual, unida á la de la atmósfera, se atraen mutuamente. Los buques ante tan terrible fenómeno se hallan en inminente peligro, al que se sobreponen disparando cañonazos para desvanecer el monstruo que amenaza destruirlos.

Concluiremos lo perteneciente á los fenómenos acuosos con la exposicion de los manantiales intermitentes. Denominanse así por no dar agua más que en ciertas épocas del año, y su teoría es la que sigue.

La corteza terrestre está compuesta de capas super-

puestas, que el pasar de los siglos han ido multiplicando. De estas capas, unas son permeables y otras impermeables; las permeables son las que se dejan atravesar por el agua, tal como la arena; las impermeables son las que no se dejan penetrar por el agua, tal como la arcilla ó greda.

Ahora bien, si en la cima ó parte superior de una montaña existe una escavacion natural, y esta recoge el agua llovediza, resultará que esta agua, filtrándose á través de las capas permeables de la tierra, irá á brotar á un lugar á veces muy lejano del depósito, y se formará un manantial; mas luego que haya salido del dicho depósito toda el agua, el manantial dejará de surtir el agua hasta que la nueva lluvia vuelva á llenarlo.

Esto sentado, existen varias fuentes que no dan agua más que en tres, dos y aun en un solo día, coincidiendo por lo general con el día en que se celebra la fiesta de tal ó cual santo ó patron, y cuya coincidencia, más que esto parece *intencional* y *monopolizadora* ideas, que saca partido del fenómeno natural ya citado. Así vemos en ciertos pueblos que sus habitantes acuden presurosos á beber el agua de una fuente *milagrosa* que tan solo corre el día del patrono, y á la que atribuyen propiedades tales como la de dar vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, etc., etc. Es tal la obcecacion que les caracteriza atribuyendo á milagro del santo aquel fenómeno natural, que si osais explicarles la sencilla teoría de este, llevan su crasa ignorancia hasta al límite de calificarnos de *impios*.

¡Oh ilustración! Si los pueblos comprendiesen las inmensas ventajas que en pos de sí trae el admirarte y aspirar el suave aroma que benéfica esparces por los ámbitos de tu dorado alcazar, dejarían de ser ignorantes siquiera fuese por mera especulación.

Terminado cuanto teníamos que exponer acerca de los fenómenos acuosos, continuaremos con la narracion de los más principales entre los aéreos, luminosos y eléctricos, los cuales sin duda han de agradar más á nuestros benévolo lectores que los hasta aquí expuestos.

Uno tan solo de entre los fenómenos aéreos ocupará nuestra atencion, y es el conocido con el nombre de lluvia de langostas: mas antes creemos oportuno el recordar que los vientos son producidos por corrientes que marchan en todas direcciones alrededor de nuestro globo, y que son producidas por un desequilibrio de temperatura en las regiones de la atmósfera, y segun sea mayor ó menor el desequilibrio, así se produce la suave brisa ó el recio huracan. Esto mencionado, entremos en la explicacion de la lluvia de langostas.

Estos insectos se desarrollan en los extensos desiertos de la ardiente Africa. Los vientos impetuosos que azotan esta comarca arrastran en medio del torbellino á las langostas y las trasportan á lejanas regiones.

Todo es devastacion en el terreno donde caen estos insectos: los cereales son devorados como por encanto, y los labradores ven destruidas sus esperanzas ante tal devastacion.

Recordarán nuestros lectores cómo se verifica la lluvia de sapos y ranas, de la que nos ocupamos en otra ocu-

sion: pues bien, conociendo ahora el fenómeno de la lluvia de langostas, podremos deducir qué fueron aquellas célebres lluvias de sapos, ranas y langostas de que nos habla la Escritura (?), y que, conocidas con el nombre de *plagas*, afligieron (segun se dice) al Egipto, cuando el legislador Moisés proponia á Faraon dejara salir al pueblo hebreo para celebrar las fiestas de su rito.

Entremos ahora en los fenómenos luminosos, y de ellos citaremos en primer lugar el conocido por la ciencia con el nombre de *fulgos fátuos*, y del vulgo con el de *linternas del diablo*.

Los fulgos fátuos se observan de noche en los cementerios, en los pantanos y en los campos de batalla. La supersticion que caracteriza al vulgo ha imaginado las más absurdas interpretaciones de este fenómeno, que tanto terror produce al que lo desconoce, y que sin embargo nada tiene de particular.

En efecto: los cuerpos que se hallan en estado de putrefaccion, ora en los cementerios, ora en los pantanos, efecto de la multitud de insectos que moran en sus cenagosas aguas, ora, en fin, en los campos de batalla, la putrefaccion de estos cuerpos exhalan hidrógeno y fósforo, gases que se inflaman al contacto del aire y arden en forma de llamas de color de púrpura algun tanto azuladas.

Esta es, pues, la explicacion científica de este fenómeno natural, que los cuentos de viejas y el vergonzoso monopolio de ciertas *gentes* nos han presentado como almas en pena y linternas del diablo.

MANUEL ROMAY.

(Se continuará.)

EL CARNAVAL.

Media humanidad se rie de la otra media, ha dicho un celebrado escritor, y yo añado, que media humanidad se encubre con una máscara de virtud, de soberbia, de orgullo, de hipocresía, de vanidad ó de infamia, para burlarse de la otra media, descubrir sus secretos, valerse de su posicion y sacar á relucir historias pasadas.

La careta es, á nuestro juicio, lo que la confesion al del eminente reformista Juan de Huss; sirve tan solo para *pervertir doncellas y descubrir secretos de Estado*.

La máscara es el arma más terrible que la sociedad pudo inventar jamás.

La máscara es el crimen impune, es el agravio sin contestacion, es el delito sin castigo, el insulto sin respuesta.

Miradla; el hombre con ella cubierto arroja la infamia y cubre de vergüenza á una familia que ningun daño le ha hecho tan solo por vengar el agravio de un hombre ó el desden de una mujer.

Una máscara se venga de un hombre deslizando en su oído una fábula mentida acerca de la virtud de su esposa y desaparece entre el torbellino del salón: el honrado marido rechaza indignado semejante calumnia; pero la duda penetra en su alma, duda y teme, y una separacion completa de la mujer amada, unos niños perdidos, una mujer deshonrada y un marido celoso son el resultado de los efectos de la traidora máscara. ¡La calumnia ha hecho su efecto!

La máscara es tan infame á nuestros ojos como el *anónimo*, tan pífida como la ola del mar, tan aguda como la hoja de un puñal.

Y sin embargo, sí, como ha dicho nuestro amigo Sierra, la existencia es un Carnaval continuo, ¿para qué la careta de Talía?

Con efecto: la hipocresía, ¿no es una careta aun más repugnante que la de cartón?

La adulación y la bajeza, ¿no son máscaras aun más despreciables que las de fea percalina?

La mentira, ¿no es doblemente más odiosa que un pequeño trozo de tafetan ó raso?

¡Ah, sí! El odio que nos inspira la máscara es sin duda alguna porque con ella, y en los tres días que dura el Carnaval, vemos la parodia cómica y risible de ese drama sangriento que representa diariamente la humanidad...

II.

Pero sin pensar me he alejado de la idea que guiara mi pluma al zurcir estos renglones.

Hablemos del Carnaval; riamos y bailemos, aunque llevemos la muerte en el alma y el dolor en el pecho; ¿y por qué no? Nuestro gran Quevedo lo ha dicho, y conviene no olvidarlo:

«Como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor.»

Llanto y risa, dolor ó placer, *tanto monta*: esta es la vida: sigamos el camino trazado, y no queramos destruir en un día tant añejas costumbres.

Hablemos del Carnaval.

Mirad el cielo azul: la noche hermosa; multitud de estrellas, cual copos de blanca nieve, pueblan el ancho tul, y los plateados rayos de la luna iluminan el rostro de las bellas, que á favor de su elegante disfraz lucen sus bellas formas, sus elegantes cuerpos y sus encantadores rostros.

Nos hallamos en mártres de Carnaval, día aciago según los fatalistas, y son las dos de la noche.

Las calles pobladas de infinitas máscaras, ya bellas y seductoras, ya grotescas ó ridículas.

Acompañadme al baile: penetremos en él; es... no importa dónde...

III.

MÁSCARAS BLANCAS, CELESTES Y NEGRAS.

(Las abandonadas.)

¡Cuántas luces! ¡Cuánta animación! ¡Qué espectáculo tan magnífico!

¡Cuánta máscara!

¡Qué elegantes, qué lindas, qué esbeltas!

¡Qué ridículas, qué extravagantes!

¡Qué intencionadas, qué sutiles!

¡Qué sosas, qué poca gracia!

Aquello es un jardín de hermosas y variadas flores, desde la delicada camelia á la silvestre violeta, desde el más encantador tulipán al más oloroso jazmín, desde la aristocrática dalia á la modesta amapola.

¡Cuánto dominó!

¡Qué diversos y bellos colores!

¡Cuánto lloran! ¡Qué de payasos!

¡Cuánta aldeana! ¡Qué de beatas!

¡Qué fisonomías tan estúpidas las más, tan chispeantes y graciosas las menos!

Mi amigo M... tiene la pretensión de conocer el estado social de una mujer por el color de su careta; veamos si es cierto:

—Dime: ¿qué es aquella bella *locura* con máscara de raso blanco?

—Una soltera. ¿No la ves? Se dirige á un diván, en el cual está sentado un elegante joven en amorosa plática con una aldeana.

—¿Y qué?

—Mírala: cruza algunas palabras con el joven, que apenas la escucha; ella enjuga sus ojos, la aldeana arrastra al joven, y la máscara blanca huye precipitadamente del salón.

—¿Y bien?

—Esa máscara blanca es una soltera á quien su amante le olvida por otra; es, en fin...

—¿Qué?

—Una abandonada.

IV.

Sigamos adelante. Diabla, ¿quién será este dominó negro de tan elegante talle, que cubre su rostro con un antifaz azul?

—Una casada.

—¿En qué lo conoces?

—En el brillo de su mirada, que vaga por todas partes sin fijarse en ninguna, en su paso precipitado, en sus ademanes, en su dominó negro, y por último en su careta azul; sí, ese color denuncia á la mujer celosa; no diré yo que esos celos sean por un marido, que en este instante la olvida quizás en brazos de otra, sino por otro...

—¿Por quién?

—¿Por un amante!

—¿Por un amante? ¡Ja, ja, ja!

—No te rías, y escucha. Te conozco, mascarita.

—Caballero, Vd. se equivoca, déjeme Vd.; un penoso deber, una obligación sagrada me conducen aquí; por el honor de su madre viva, ó por su memoria muerta, déjeme Vd. cumplirlo.

—Pues señor, no hay duda, esta mascarita es otra abandonada.

V.

—¿Qué opinas de aquella *beata* con máscara negra, tristemente reclinada en aquel sillón?

—Traje de beata y máscara negra, no puede ser sino una viuda: voy á ofrecerle el brazo.

Poco después mi amigo M... y la máscara negra se pierden en el confuso torbellino del salón.

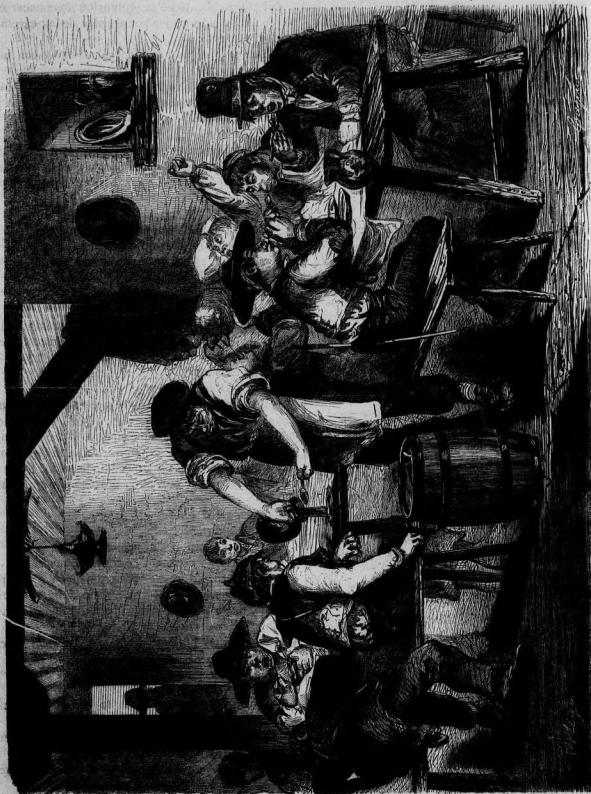
Grandes risotadas suenan á mi espalda; un máscara en traje de *Locura* y rodeado de un círculo cada vez más extenso, relata la vida y milagros de todos los concurrentes al baile y aun de los que no lo son.

Gritos de rabia, estallidos de furor, risas, juramentos, cuchicheos, blasfemias, aplausos, todo gira en revuelta confusión delante de aquel hombre, que destruye con

implacable mano la honra de unos, el amor de otros y la dicha de todos.

La multitud se indigna por fin contra aquel sér extraño é incomprensible, terrible como la justicia, frío como

el mármol é invulnerable como la razon; varios máscaras le rodean; las mujeres gritan; los hombres juran; la multitud se arremolina; cien brazos se levantan contra él; lucen al aire algunas armas; muchos huyen,



UN BODEGON EN MADRID.

y el máscara, acosado por todas partes, cae envuelto entre los brazos de hierro de aquellos hombres justamente indignados. A última hora corrian extrañas voces acerca de aquel trágico suceso; se decía que el máscara había muerto, que pertenecía á una familia tan

pobre como extensa, que era hijo de la humanidad y que tenía por nombre *Carnaval*.

Se añade que la justicia ha comenzado á instruir el proceso, y parece que son muchos los ofendidos por el extraño y ya difunto personaje.

No puedo ser más explícito, si bien personas que me merecen entero crédito me han asegurado que el *Carnaval* se burlará de la justicia, de sus acusadores y de la humanidad, porque es un personaje fantástico e ilusorio, que, a imitación del Ave Fénix, renace todos los años de sus propias cenizas.

EL ABATE.

MR. LITTRÉ EN LA ACADEMIA.

Un acontecimiento señaladísimo, por la importancia moral que envuelve—dígase lo que se quiera—ha venido estos días a llamar la atención de todos los hombres pensadores que siguen con marcado interés las evoluciones del mundo científico. Nos referimos a la elevación del ardiente positivista Mr. Littré a la Academia de la vecina República.

Nada de particular ofrecería tal vez para muchos la elevación en sí, si este importante suceso no hubiese ido acompañado de otro no menos importante y de mucha más trascendencia por la significación que revela para todos aquellos que, impregnados del espíritu del siglo, no reconocemos, como base de las acciones humanas, otra ley que la ineludible y fatal del vivificante progreso. Este otro suceso a que aludimos, y que tantos y tan diversos comentarios ha suscitado entre la prensa de todos matices que milita en los campos de la política y de la filosofía, es la dimisión presentada a la Academia Francesa por el ilustrado cuanto erudito académico monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, tan pronto como ha sabido el resultado de una elección que con tanto calor y empeño había combatido.

Ridículo por demás y hasta poco racional ha sido; a nuestro modo de ver, este paso dado por el eminente prelado, honra y prez de la literatura católico-ultramontana. Y esto lo decimos despojándonos por completo de la profunda simpatía que siempre nos han merecido las ideas patrocinadas por el ateo y positivista Mr. Littré, y valiéndonos solo de las armas que nos proporciona la sana crítica y la razón natural.

La conducta del obispo de Orleans es poco racional... ¿Quién lo duda? Se comprende que cuando la Iglesia católica gozaba de todo el esplendor de su preponderancia y poderío; cuando la tiara de los soberbios pontífices se esgrimía con furor verdaderamente epiléptico desde el murado alcázar de tímidos é impotentes reyezuelos, hasta el almenado castillo de orgullosos y fanáticos señores, para despojar a los unos de sus cetros y arrancar a los otros sus feudos y señoríos; cuando la ignorancia y la teocracia eran el pan cotidiano que hacían mascar forzosamente a los pueblos tantas instituciones de fuerza y vicio como nacieron al calor de las hogueras inventadas por el genio procaz y avasallador de Inocencio III; cuando, en fin, los hombres no conocían siquiera el por qué de su existencia, se comprende, repetimos, que los apóstoles de la religión católica se valiesen del arma vil y menguada de la *intolerancia* a fin de asegurar con el fanatismo sus malhadadas conquistas y protegerlas contra la propaganda de las religiones cismáticas y heréticas, ya que no de las escue-

las filosóficas antireligiosas, entonces todavía poco temibles en razón de la universalidad de la preocupación humana.

Pero hoy que las instituciones caducas amenazan desplomarse con estrépito, incluso la Iglesia católica, cuya progresiva decadencia es ya imposible de detener aun en las naciones que más hondas tiene las raíces; hoy que todos los pueblos vuelven en sí del ominoso aletargamiento de la ignorancia en que yacían para ignominia de las religiones intolerantes y de las instituciones despóticas; hoy que la libertad del pensamiento, el libre exámen y la libre discusión, son las fuentes bienhechoras de limpiada corriente en donde los hombres todos pueden beber libremente las aguas fecundantes del saber y de la ciencia, desechando los charcos corrompidos de cenagosos errores; hoy que la unificación de la inteligencia es proclamada a voz en grito por todos los ámbitos de la tierra, y muertos, por consiguiente, todos los privilegios que tienden a la desigualdad intelectual entre los hombres; hoy, repetimos, se nos hace incomprensible y hasta peca de ridícula para nosotros la intolerancia religiosa.

Por eso calificamos de ridícula y antirracional la conducta observada por el autor de *El peligro social*, en la elección de Mr. Littré para miembro de la Academia Francesa. Poco valor de sus convicciones tendrá el obispo de Orleans, é mucho miedo le habrá causado á monseñor Dupanloup la sola presencia en la Academia de tan formidable atleta y competidor ardiente del catolicismo, cuando tan profundamente le ha disgustado su elección, mejor dicho, cuando por este solo motivo se ha separado violentamente de una corporación literaria que tanta diversidad de opiniones y de ideas representa por el conjunto de sus miembros. Y esto es lo cierto: en religión, allí se han sentado los Fenelón y los Bossuet, en competencia con los Talleyrand y los Voltaire; en política, hoy vemos a los Guizot y á los Thiers, genuinos representantes del doctrinarismo, sentarse dignamente al lado del socialista Victor Hugo y de otros muchos que son la encarnación viva de los principios más levantados de la *Commune* de París.

¿Qué nos dice todo esto? ¿No es esto bastante significativo? ¡Ah! Nos dice que la intolerancia ha muerto ya en el corazón de todos los pueblos, y que si hoy no tiene ya razón de ser en la sociedad actual, que tan viciada y corrompida se encuentra—aunque no tanto como en aquellos tiempos de infeliz recordación que hemos citado—ménos la ha de tener en la nueva sociedad regenerada, que con pasos agigantados se acerca.

Por eso decimos: la elección de Mr. Littré, representante en jefe, digámoslo así, del ateísmo, positivista, escritor eminente y profundo y erudito socialista; autor de la mejor y más importante obra que se ha escrito en Francia, el *Diccionario Histórico de la lengua francesa*, y el hombre más honrado, en la acepción más completa de la palabra, según opinión de sus mismos adversarios, es un gran triunfo de la idea moderna sobre el viejo y ruinoso edificio de la preocupación é intolerancia religiosa; mientras la dimisión ridícula del obispo de Orleans, distinguido publicista católico, ardiente ultramontano, tal vez el que con más vigor y energía se ha dedicado a combatir lo que él llama errores de las es-

cuelas herético-filosóficas, es un risible y ridículo alarde de intolerancia y escrupulosidad que desde de la ilustración que siempre hemos reconocido en monseñor Dupanloup, y que si hubiéramos de traducirlo por algo, lo traduciríamos por una derrota para las ideas religiosas.

El mundo marcha y el progreso se revela siempre hasta en los hechos más sencillos de la historia.

Llagostera (Gerona) Febrero de 1872.

A. VIBARELL ROIG.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1792.

FOR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

—Sí, sí, decía mi tío inclinando la cabeza, ahora os conozco... veo claramente las cosas... ¡Ahí así se ha verificado el levantamiento... así han marchado los pueblos en masa... ¡Ved lo que puede hacer una idea!

Así continuamos hablando hasta cerca de medio día; Lisbeth vino a tender los manteles y a servir la mesa; veíamosla ir y venir, estirar el mantel, colocar los cubiertos, y cuando al fin trajo la humeante sopera:

—Vamos, señora Teresa, exclamó alegremente mi tío, levantándose y ayudándola a andar, sentémonos a la mesa. Ahora sois nuestra buena abuela Sehnel, la guardiana del hogar doméstico, como decía mi viejo profesor Ebershardt, de Hiedelberg.

La cantinera sonrió, y cuando todos estuvimos sentados, unos frente a otros, parecíamos que todo entraba en orden, que todo debió estar así desde los antiguos tiempos, y que hasta entonces nos había faltado uno en la familia, cuya presencia nos hacía más dichosos. La misma Lisbeth, al traer las legumbres y el asado, se detenía a contemplarnos con satisfacción profunda, y Escipión en tanto estaba junto a mí como junto a su ama, no mostrando diferencia entre nosotros.

Mi tío servía a la señora Teresa, y como aun estaba débil, cortaba la carne en su mismo plato, diciendo:

—Tomad este pedacito! ahora necesitáis recobrar las fuerzas; comed eso otro, pero ya nada más, porque todo debe hacerse con orden y medida.

Al terminar la comida salió un momento, y cuando me preguntaba yo qué habría ido a hacer, apareció con una botella con sello de lacre rojo y cubierta de polvo.

—Este, señora Teresa, dijo poniendo la botella sobre la mesa, este es un compatriota vuestro, que viene a felicitaros por vuestra convalecencia; no podemos rechazarlo, porque viene de Borgoña y dicen que es muy alegre.

—¿Tratais así a todos vuestros enfermos, señor doctor? le preguntó la señora Teresa con conmovida voz.

—Sí, a todos; siempre les ordeno lo que les puede ser más agradable.

—Pues poseéis la verdadera ciencia; la que procede del corazón, y cura.

Mi tío iba a llenar los vasos, pero se detuvo, miró a la enferma con gravedad y dijo:

—Veo que cada vez estamos de mejor acuerdo, y que concluiréis por convertirlos a la doctrina de la paz.

Dicho esto, vertió algunas gotas en mi vaso y llenó el de la señora Teresa y el suyo hasta los bordes, exclamando:

—¡A vuestra salud, señora Teresa!

—¡A la vuestra y a la de Fritzel! contestó ella.

Y bebimos aquel vino añejo, color de topacio, que nos pareció exquisito.

Pusímonos muy alegres, y las mejillas de la señora Teresa tomaron tintas sonrosadas que anunciaban la salud; pasado un momento sonrió y dijo:

—Este vino me reanima.

Y en seguida comenzó a hablar sobre lo que podía hacer para ser útil a la casa.

—Ya me siento fuerte, decía; puedo trabajar; repararé vuestra lencería vieja; debéis tener bastante de ella, señor doctor.

—¡Oh! sin duda, sin duda, respondía mi tío sonriendo; Lisbeth no tiene ya sus ojos de veinte años; pasa horas enteras para hacer algo en la ropa; vos me seréis útil, muy útil. Pero aun no estamos a esa altura; ahora necesitáis descanso.

—Pero, dijo mirándose con dulzura, si no puedo trabajar aun, al menos me permitiréis reemplazaros alguna vez para con Fritzel; no siempre tendréis tiempo para darle vuestras excelentes lecciones de francés; y si quereis...

—¡Ah! eso es diferente, exclamó mi tío, sí; eso se llama una buena idea. Oye, Fritzel, en lo sucesivo darás lección con la señora Teresa; aprovecha su bondad, porque son muy escasas las ocasiones de instruirse.

Yo me había puesto muy encarnado pensando que la señora Teresa tenía mucho tiempo de sobra, y ella, adviniendo mi pensamiento, me dijo con dulzura:

—No temas, Fritzel, ya te dejaré tiempo para jugar. Leeremos juntos el Buffon solamente una hora por la mañana y otra por la noche. Tranquilízate, hijo mío, no te fastidiaré demasiado.

Me había atraído hacia ella y me abrazaba, cuando se abrió la puerta y entraron gravemente el mauser y Koffel con trajes de día de fiesta; venían a tomar café con nosotros. Fácil era ver que, al hacer mi tío la visita por la mañana, les había hablado del valor y la fama de la señora Teresa en los ejércitos de la República, porque ya no eran los mismos. El mauser no conservaba puesto el gorro de piel de marta, abría mucho los ojos y miraba muy atento, y Koffel se había puesto camisa limpia, cuyo cuello le subía hasta las orejas; permanecía tieso y con las manos en los bolsillos, y su mujer le había puesto un botón para el segundo tirante de los pantalones que, en vez de caer sobre una cadera, estaban iguales por ambos lados; además, en vez de los zapatos agujereados, se había puesto los de los días de fiesta. En fin, los dos tenían aspecto de personas graves que se reúnen en extraordinaria conferencia, y los dos se inclinaron y saludaron con dignidad, diciendo:

—¡Dios bendiga a todos!

—¡Ah! al fin habeis llegado, dijo mi tío, sentaos.

Y volviéndose hacia la cocina, añadió:

—Lisbeth, puedes traer el café.

Mirando por casualidad á la ventana, vió pasar en aquel momento al viejo Adam Schmitt, y levantándose en el acto, fué á tocar en la vidriera, diciendo:

—Ved ahí á un veterano de Federico el Grande, señora Teresa; os alegraréis de conocerle, es hombre honrado.

Maese Schmitt había venido á ver qué quería mi tío, y este, abriendo la vidriera, le dijo:

—Maese Adam, hacéme el obsequio de entrar á tomar café con nosotros; todavía queda de aquel viejo conac que sabeis.

—Con mucho gusto, señor doctor, contestó Schmitt, con mucho gusto.

En seguida penetró en la sala, y poniéndose la mano vuelta á la altura de la oreja, dijo:

—¡A la órden!

Entonces el mauser, Koffel y Schmitt, de pié alrededor de la mesa y con aspecto embarazado, se pusieron á hablar en voz baja, mirando á la señora Teresa con la colilla del ojo, como si tuviesen que comunicarse cosas graves, mientras Lisbeth quitaba el mantel y colocaba sobre la mesa el tapete de hule, y la señora Teresa continuaba acariaciéndome y pasándome la mano por los cabellos, sin manifestar apercibirse de que hablaban de ella.

Al fin trajo Lisbeth en una bandeja las tazas y los tarros de conac y de kirschemwasser y maese Schmitt se volvió entornando los ojos. Lisbeth trajo la cafetera y dijo mi tío:

—Sentémonos.

Todos se sentaron y la señora Teresa, sonriendo á aquellas buenas gentes:

—Permitid que os sirva, señores, dijo.

Maese Schmitt levantó en seguida la mano hasta la oreja y exclamó:

—Os pertenecen los honores militares.

Koffel y el mauser cruzaron una mirada de admiración y los dos pensaron: «Este diablo de Schmitt acaba de decir una cosa muy oportuna y sensata.»

La señora Teresa llenó las tazas, y mientras bebíamos en silencio, el tío puso la mano en el hombro de maese Schmitt, diciendo:

—Señora Teresa, os presento un veterano de Federico el Grande, un hombre que, á pesar de sus campañas y heridas, de su valor y buena conducta, no ha pasado de sargento, pero á quien todas las personas honradas del pueblo aprecian tanto como si fuese *hauptmann*.

La señora Teresa miró á maese Schmitt, que se había erguido en la silla con magnífica y natural dignidad.

—En los ejércitos de la República, dijo, el señor hubiese podido llegar á general. Si la Francia combate hoy contra toda Europa es porque no quiere consentir que los honores, la fortuna y todos los bienes de la tierra sean para algunos privilegiados no obstante sus vicios, y todas las miserias y vejaciones para otros, á pesar de su mérito y virtudes. La nación cree esto contrario á la ley de Dios, y para que no continúe así moriremos todos si es preciso.

Al pronto no contestó nadie; Schmitt miraba gravemente á aquella mujer; tenía apretados los labios, los ojos muy abiertos, contraída la aguilena nariz y parecía

reflexionar; el mauser y Koffel, sentados uno frente á otro, se observaban; la señora Teresa parecía algo animada y mi tío permanecía tranquilo. Como éste no me permitía tomar café, porque aseguraba ser perjudicial para los niños, me había levantado de la mesa y permanecía delante del brasero mirando y escuchando.

A los pocos momentos dijo mi tío á Schmitt:

—La señora era cantinera del segundo batallón de la primera brigada del ejército del Mosela.

—Lo sabía, señor doctor, contestó el veterano, y también sé lo que ha hecho. Si, señora, si hubiese tenido la fortuna de servir en los ejércitos de la República, hubiese ascendido á capitán, tal vez á comandante, ó hubiese muerto.

Y apoyándose la mano en el pecho,

—Tenía amor propio, dijo, y sin que esto sea alabarme, no carecía de valor, y á haber podido subir, me hubiese avergonzado de quedar abajo. Muchas veces me distinguí el rey, cosa muy rara para un simple soldado y que me honra mucho. En Rosbach, mientras el *hauptmann*, colocado á nuestra espalda, gritaba: «¡*Forwerts!*» (adelante), Adam Schmitt mandaba la compañía. ¡Pues bien! de nada ha servido todo esto, y ahora, aun cuando recibo una pensión del rey de Prusia, me veo precisado á decir que los republicanos tienen razón. Esta es mi opinión.

Dicho esto vació su vasito y guiñando los ojos, añadió:

—Y se baten bien... los he visto... sí, se baten bien. Aun no tienen los movimientos regulares de soldados viejos; pero sostienen perfectamente una carga y en esto se conocen los hombres firmes en las filas.

Después de estas palabras de maese Schmitt, todos comenzaron á alabar las ideas modernas; parecía que acababa de dar la señal de la confianza íntima, y cada cual manifestaba pensamientos que guardaba secretos desde mucho tiempo. Koffel, que se quejaba continuamente de no haber recibido instrucción, dijo que todos los niños debían ir á la escuela á expensas del país; que Dios no había dado más talento ni mejor corazón á los nobles que á los pobres, y que todos tenían derecho al rocío y á la luz del sol; que de esta manera la zizaña no ahogaría al grano y que no se prodigaría inútilmente á los cardos el cultivo que podía hacer prosperar á las plantas útiles.

La señora Teresa dijo que la Convención nacional había votado cincuenta y cuatro millones de francos para la instrucción pública con sentimiento de no poder destinar más á este objeto en el momento en que toda la Europa la obligaba á mantener catorce ejércitos en pie de guerra.

Al oír esto se le llenaron de lágrimas los ojos á Koffel, y siempre recordará que dijo con temblorosa voz:

—¡Bendita sea! ¡Bendita sea! Tanto peor para nosotros; pero aunque tuviese que perderlo todo, mi voto será siempre para ella.

El mauser permaneció mucho tiempo silencioso; pero una vez roto el mutismo, no concluyó; no pedía únicamente la instrucción de los niños, sino una reforma general. Jamás se hubiese creído que un hombre tan pacífico alimentase aquellas ideas.

—Es vergonzoso vender los regimientos como rebaños de carneros, exclamó con grave acento y exten-

diendo la mano sobre la mesa; más vergonzoso aun vender los cargos de jueces, porque los jueces para reembolsarse venden la justicia; los republicanos han hecho bien en abolir los conventos, en los que se alimentaba la pereza, y digo que cada cual debe ser libre para ir y venir, comerciar, trabajar y ascender por todos los grados sin que nadie se lo impida. Y finalmente, creo que si los zánganos no quieren marcharse ni trabajar,

Dios quiere que las abejas se desembaracen de ellos, como siempre ha sucedido y sucederá hasta la consumación de los siglos.

El viejo Schmitt dijo que pensaba como Koffel, y mi tío, que hasta entonces permaneció tranquilo, no pudo menos de aprobar estos sentimientos, los más verdaderos, naturales y justos.

—Solamente, dijo, que en vez de querer hacerlo todo



INDIOS MEXICANOS.

en un día, sería mejor marchar lenta y progresivamente; convendría emplear medios de persuasión y dulzura, como hizo Jesús; esto sería más prudente y se obtendrían mejores resultados.

La señora Teresa sonrió y le dijo:

—¡Ah! señor doctor, sin duda, sin duda; si todo el mundo se os pareciera; ¿pero cuántos centenares de años hace que el Salvador predicó la bondad, la justicia y benignidad á los hombres? Y sin embargo, ved si le escuchan los nobles; ved si tratan á los pobres como hermanos... ¡no...! ¡no...! La guerra es una desgracia,

pero necesaria. En los tres años trascurridos ha hecho más la República por los derechos del hombre que los mil ochocientos anteriores. Creedme, señor doctor, la resignación de las personas honradas es un gran mal porque aumenta la audacia de los tñnantes y no produce nada bueno.

Todos opinaban como la señora Teresa, y mi tío iba á contestar, cuando el cartero Clementz, con su gran sombrero con forro de hule y su bolsa de cuero, abrió la puerta y le entregó el periódico.

—¿No tomáis ca'è, Clementz? le dijo mi tío.

—No, señor doctor, gracias... estoy de porqueprisa todas las cartas han sufrido retraso... Otra vez será.

Salió y le vimos pasar corriendo por delante de las ventanas.

Se continuará.

RÉVISTA GENERAL.

Una nueva crisis provocada por los *pollos fronterizos* ha caído cual una bomba en el campo político, segnando en flor el génio maquiavélico del bilioso Sagasta, y destruyendo en parte sus planes crueles, arbitrarios y liberticidas.

Ninguna sorpresa ha causado en nosotros esta nueva crisis, porque, como nuestros lectores recordarán, días hace que la veníamos prediciendo, y lo único que nos hubiera sorprendido, si sorprendernos pudieran los manejes de los monárquicos, habría sido la causa aparente que ha motivado la crisis y la lección dada por el señor Gamíndez á su colega y presidente el nunca bien ponderado Sr. Sagasta.

Es el caso que, no bastando los quinientos y tantos generales con que cuenta el Estado Mayor de nuestro ejército, acordóse en consejo de ministros promover á mariscales de campo á los brigadieres Saenz Delcort, Andía, Merelo, Iscar y Nouvilas, y á brigadieres á los Sres. Sagasta, Sasset ó Illarraz; pero juzguen nuestros lectores cuántos y cuáles serían los méritos de estos *vicarros militares*, cuando á pesar de la costumbre establecida, la *Gaceta* nada dijo acerca de estos héroes; pero, amigo, enfádanse los unionistas y acuden al *gran marino* para que exija la retirada de Gamíndez y la entrega de cuatro carteras, entre ellas las de Guerra y Gobernación; Sagasta duda un instante, pero su amor al mando triunfa de todos los obstáculos, y olvidando sus deberes políticos y sociales exige la dimisión de su amigo y compañero Gamíndez.

Mas, ¡oh dolor! El ministro-circular había echado la cuenta sin la huésped, como decirse suele, y Gamíndez, con una entereza y valentía que nosotros somos los primeros en alabar, á fuer de adversarios leales, se niega á semejante petición, fundado en que, habiéndose acordado dichos nombramientos en Consejo de ministros, si estos no han satisfecho á ciertas fracciones, no es él, sino el gobierno todo, quien debe retirarse. ¡Terrible lógica! Sagasta lo comprendió así, y vencido y humillado hubo de presentar la dimisión de todo el gabinete al Sr. D. Amadeo, no sin asegurar que, á pesar de Gamíndez y de los fronterizos, de los partidos todos y de la nación entera él, y solo él, es el hombre simpático, liberal, inteligente y necesario.

Lo hemos dicho y lo repetimos; el Sr. Sagasta es como el *aceite de bellotas*, que para todo sirve; si D. Amadeo quiere un ministerio fronterizo, él se atraerá á Romero Robledo y á Navarro y Rodrigo; si necesita un gabinete conservador, apelará á Elduayen y Ríos Rosas, y si lo quiere progresista *puro*, ¡para qué tiene él á Angulo, Colmenares, Cazorro, Gullon y tantas otras emi-nencias políticas y parlamentarias?

Y es que el Sr. Sagasta, como aquel ministro portugués, exclama:

Antes de soltar, me dejo los dientes en la tajada.

¡Y cómo abandonar la poltrona, desde la cual asusta á los tímidos, atrae á los enemigos, destruye á los valientes y recibe envíos como los últimos remitidos de Cuba, y que, según los maliciosos, pasan de *doscientos mil* atractivos; y todo, ¿por qué? Primero por relevar, y luego por no relevar... ¡Con cuánta razón dijo el poeta:

Fortuna te dé Dios, hijo,
que el saber poco te vale.

La situación se complica por momentos: los fronterizos la hostilizan; los radicales la amenazan; los moderados la ridiculizan; los carlistas la escarnecen, y los federales la atacan; por Dios, que pedir más sería gula.

En Jerez, y durante el Carnaval, se ha presentado una comparsa tan elocuente como ingeniosa: dos filas de hombres con dominós negros y velas encendidas acompañaban un ataúd, sobre el cual se leía: *Sufragio universal*.

El gobierno, á pesar de todas las disposiciones en contrario, continúa restableciendo por docenas los juzgados suprimidos. Este es el *preludio*, como si dijéramos, de la *sinfonía electoral* que está componiendo el maestro Se...gasta.

Segun *La Epoca*, el dilema de la crisis se plantea resueltamente entre Serrano y Zorrilla, ó lo que es lo mismo, entre la política de *franca resistencia á la revolución insaciable* y la del *minimum de rey posible, sim-pática al pueblo y á los republicanos*.

Parécenos que *La Epoca* se equivoca, ó mejor dicho, finge equivocarse; el dilema es más claro y más sencillo: *¿Libertad ó trono; ¿rey ó pueblo; ¿servidumbre ó emancipación; ¿Italia ó España?*

Desearíamos conocer la opinión del colega *equilibrista* en tan importante asunto, porque *esto se va* y conviene deslindar los campos y hablar claro antes de que llegue la hora en que todo arrepentimiento sea tardío y falso, é inútil por lo tanto.

El Consejo federal de la region española de la sociedad *Internacional* acaba de publicar un notable y enérgico manifiesto protestando contra la circular de Sagasta; entre sus párrafos hallamos el siguiente, que los hombres del pueblo no deben olvidar, si han de conseguir su completa emancipación:

«Es menester que, si la revolución llegase, si en ella tuviésemos alguna participación, no abandonemos el campo de la lucha, no soltemos las armas sin haber visto realizada nuestra gran aspiración, la *emancipación social de los trabajadores por los trabajadores mismos*».



La revolucion se acerca, y es *miopie* el que no la ve; ipueblo, no lo olvides, y ten presente que en política cada minuto perdido en el camino del progreso es un siglo de oscurantismo y tiranía

La cuestion del *Alabama* entre Inglaterra y los Estados-Unidos empieza á preocupar seriamente la atencion. América insiste en sus pretensiones sobre las pérdidas indirectas, cuya indemnizacion se eleva á 5.000 millones de francos, mientras Inglaterra afirma que jamás tomó en serio tales cifras, ni menos pensó en someterlas á los árbitros de Ginebra. Los ánimos están muy excitados en ambos pueblos, y aunque Inglaterra se jacta de tener una escuadra de cuarenta navios acorazados, es lo cierto que á América le sería sumamente fácil apoderarse del Canadá, como rehens, sin perjuicio de oponer sus magníficos buques á los navios ingleses.

Lord Mayo, gobernador general de la India, fué asesinado por un musulman, y se añade que el malestar que allí se siente parece precursor de una insurreccion general.

Ochenta diputados de la Asamblea de Versalles han firmado el programa monárquico; á pesar de todo, se duda que la fusion llegue á realizarse, temiéndose una grande y próxima revolucion.

El Consejo Nacional de Suiza acaba de abolir la pena de muerte para toda clase de delitos, declarando que nadie puede ser perseguido por sus creencias, sean las que sean, ni está obligado á satisfacer gastos de culto alguno, puesto que el Estado no reconoce ninguno.

En Italia es general la creencia de la próxima vuelta de D. Amadeo, así como la de que su hermano Humberto no ocupará el trono de Italia, que la revolucion se prepara á derrocar.

ÚLTIMA HORA.—D. Amadeo ordenó á Sagasta la fusion de unionistas y sagastinos, creando un partido *conservador*, cuyo primer gabinete lo forman: Sagasta, Presidencia y Gubernacion; Marina, Malcampo; De Blas, Estado (los tres sagastinos); Hacienda, Camacho; Guerra, Rey; Fomento, Robledo; Ultramar, Martin Herrera; Gracia y Justicia, Colmenares (unionistas).

Pueblo español, recoge el guante que te arrojan y prepárate á salvar tu libertad amenazada, tu porvenir comprometido y tu honra escarnecida.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

La nueva forma iniciada por esta empresa en LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL fué debida á las fuertes instancias y manifestos deseos de varios suscritores, y á pesar de los nuevos gastos y perturbaciones que la nueva marcha traía consigo, esta empresa no vaciló un instante en llevarla á cabo con el solo y único objeto de satisfacer estos deseos.

Hoy la inmensa mayoría de nuestros corresponsales y suscritores nos han indicado su leal opinion de que, á pesar de los buenos deseos que guiaron la reforma anterior, esta no ha satisfecho por completo las aspiraciones de nuestros abonados, los cuales verian con mayor gusto que se continuara en la que podriamos llamar la antigua marcha.

Si los deseos de la empresa de LA ILUSTRACION hubieran sido el lucro y nada más, cambios semejantes habrían contrariado sus propósitos; pero como nuestro deseo ha sido y será siempre satisfacer los deseos de nuestros abonados, propagar nuestras doctrinas y sostener siempre firme y valerosa la enseña republicana, accedemos con el mayor gusto á los deseos de nuestros amigos.

Así, pues, desde el número anterior LA ILUSTRACION vuelve á publicarse en la antigua forma, con los grabados intercalados en el texto, si bien en la imposibilidad de retirar la obra que teníamos comenzada, dedicáremos las dos últimas planas á su continuacion.

Entre los nuevos grabados que preparamos para LA ILUSTRACION se cuentan dos magníficos retratos de los ciudadanos *Francisco Cuervo*, tan vilmente asesinado en Barcelona, y el de *José Anselmo Clavé*, presidente de la diputacion provincial de dicho punto.

Se ha creído por alguno de nuestros suscritores que nuestra *Miscelánea* era un almanaque, que por tener el santoral encerraba la necesidad de ser repartido precisamente en el mes anterior, y no es así; cierto que nuestro Almanaque inserta el santoral, pero no lo es menos que nuestra idea es, no la de hacer un calendario, sino un libro escrito por nuestros más distinguidos publicistas, lleno de datos preciosos y acompañado de bellísimas láminas, como puede verse por los cuadernos que llevamos publicados y cuya edicion está casi agotada. Conviene por tanto que aquellos de nuestros abonados que mostraban alguna duda respecto de este asunto, se fijen en dichos cuadernos, y comprenderán que en nuestra *Miscelánea* el santoral es quizás lo menos, mientras que lo más son los artículos insertos, escritos expresamente para nosotros, y la publicacion de las diferentes é importantes materias políticas, históricas, económicas y sociales que han de ver la luz pública en los cuadernos sucesivos, cuya publicacion estamos preparando.

Terminados los cuadernos de nuestra *Miscelánea Popular*, almanaque para 1872, correspondientes á los meses de Enero y Febrero, suplicamos á todos aquellos que teniendo pedidos hechos no lo han recibido, se sirvan renovarlos, pues habiendo superado el éxito de esta publicacion á cuanto podíamos esperar, y debiendo procederse á la reimpression de dichos cuadernos, nos precisa saber el número de ejemplares á que debamos ajustar la nueva tirada.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LARAZO, calle de la Gaceta, 27.